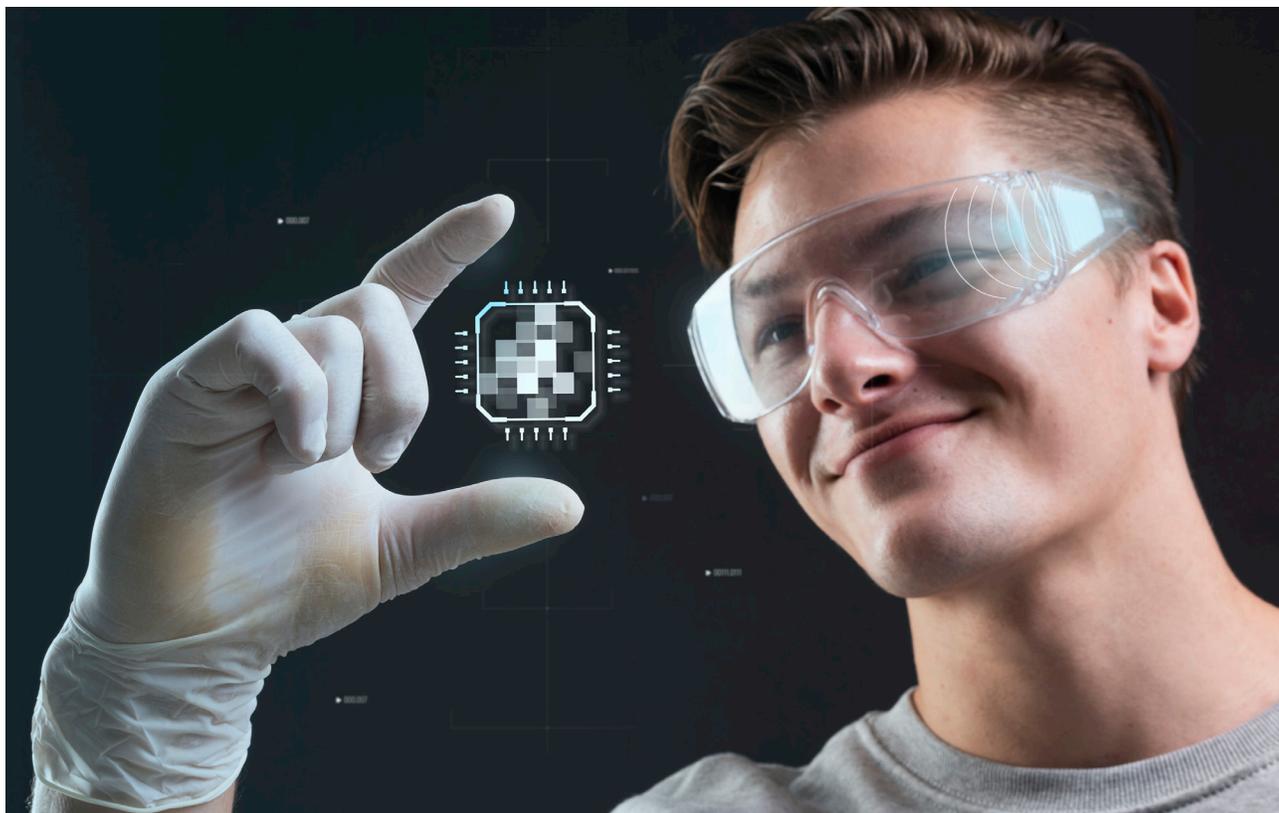


Una mirada hacia el futuro



Aunque el futuro es incierto, tenemos algunas pistas que nos guían hacia dónde se va encaminado el mundo. La famosa tecnología se ha insertado en todas las industrias, revolucionando la manera de relacionarse, producir, crecer y conectarse. Para la educación, esta inserción ha sido un poco más lenta. Sin embargo, la pandemia aceleró sin duda esa influencia tecnológica, mostrando todo su potencial.

Veamos qué nos dice la historia: en 1892, algunos influyentes educadores de la época en Estados Unidos conformaron el Comité de los 10, con la idea de trazar el futuro de la educación para la época.

Siguiendo las demandas de ese momento, se construyó un modelo educativo que respondiera a necesidades puntuales, con materias específicas y en determinados momentos del día, priorizando la matemática y el lenguaje.

De igual forma, se propuso dividir a los niños por edades para que avanzaran en un proceso continuo de adquisición de conocimiento que les permitiera participar activamente en la revolución industrial de la época. Ese modelo resultó muy exitoso en su momento, ya que enfatizaba y daba más importancia a la memorización de información con la que debían rendir en evalua-

ciones rígidas, y así seleccionar a los mejores para el siguiente paso educativo: la universidad.

Desde entonces han transcurrido 129 años. La realidad y el contexto en el que se desarrolló este sistema es completamente diferente al que vivimos en la actualidad. Las necesidades laborales, formativas y de emprendimiento son absolutamente ajenas a las de hoy en día. Y no obstantí hemos sido incapaces de crear un nuevo comité que reconsidere las nuevas necesidades educativas. Es decir, seguimos a ciegas en un modelo caduco, heredado desde hace 129 años, con más falencias que fortalezas.



Como vemos, el modelo educativo norteamericano ha demostrado que no es funcional ni efectivo para la formación de ciudadanos libres y cultos de hoy en día. La escuela norteamericana, obsesiva con las evaluaciones estandarizadas y con las comparaciones, los ha empujado a perder de vista lo realmente importante: el aprendizaje.

Es momento, por lo tanto, de crear nuevas reglas del juego para la educación, aplicando lo que sabemos sobre el desarrollo humano, el cerebro y las nuevas necesidades del entorno. Unas reglas que permitan la combinación de nuevos modelos, flexibles y dinámicos, que animen a los chicos a competir consigo mismos y todo su potencial. Un modelo educativo actual que inspire pasión por aprender y no por obtener una buena calificación. Un espacio donde la competencia sea una carrera contra nuestros propios obstáculos, adversidades y situaciones, y no marcada por un “estándar” que alguien decidió por nosotros.

El futuro de la educación se está guiando sin duda hacia el reco-

nocimiento de la diferencia entre cada estudiante. Si algo sabes hoy, gracias a la neurociencia, es que todos los cerebros funcionan de manera diferente. Esa diversidad en el aula hace insostenible una única manera de enseñar y en un solo ritmo, pretendiendo responder a las necesidades de todos los chicos.

Así como el comercio por internet funciona con la personalización, sueño con una educación que haga exactamente lo mismo. Que utilice patrones de comportamiento, de éxito y de rendimiento para crear un plan educativo individualizado para cada niño. Un sistema en el que, gracias a la búsqueda de patrones dentro de la vasta información que almacenamos y la inteligencia artificial, cada niño pueda construir su propio plan de aprendizaje. Esta idea no es futurista ni soñadora: se está llevando a cabo ya en nuevos modelos educativos que apuntan a respetar y valorar a los estudiantes neurodivergentes.

Sueño también con una educación en la que el profesor se empodere de su posibilidad de impactar profundamente en la

motivación de un estudiante. En la que no se conforme con enseñar solamente, sino de diseñar oportunidades para que sea el individuo el que aproveche de esas experiencias. Sueño con educadores transformadores de los actuales modelos; que no permitan que otras industrias les digan cuál es el futuro de educación.

Que no sean las empresas tecnológicas ni las tendencias del momento las que guíen hacia dónde camina el futuro de la educación. Sueño con una educación que no dura 12, 18 ni 20 años, sino una que dura toda la vida.

Una suscripción eterna en la que todos los días estemos expuestos a desafiar nuestras ideas y proyectos, y que grandes y chicos compartan esa habilidad innata de aprender que tenemos todos los seres humanos.

Ese es mi sueño. La transformación educativa empieza en el momento que tenemos la audacia para reconocer que este modelo está expirado, y que los llamados a rediseñarlo somos los educadores.